

La Nueva España.

de Gijón

Vida  social


Cuca Alonso

La «Big-Band» o una noche en Nueva York

Cuando la «Big-Band» del Conservatorio Profesional de Música se enfrentó a los primeros compases de «Off the Back Burner», que abría el concierto ofrecido por el grupo en el teatro Jovellanos, no tuve más remedio que pensar que este Gijón es el acabóse, la madre que lo parió allá sabe Dios cuándo, del otro lado de la era cristiana. A esta gente nuestra no se le pone nada por delante, ¡hay que ver!; alguien dijo que oficialmente podían tocar lo que quisieran y cogieron los saxos, las trompetas y cuatro instrumentos más y de pronto estallamos todos al ritmo de ese colorido orquestal que el jazz consigue mejor que nada. **Juan Carlos Casimiro**, su director, se convirtió de pronto en **Whiteman** o **Hilton** y nos fuimos con ellos a Nueva York a bailar las calles del Bronx en una fastuosa orgía de fracs y entrañable aire retro.

Regocijante. Apenas diez años de Conservatorio y las orquestas la

están armando como si Gijón hubiera sido toda la vida la Viena de los cartagineses. Sueltos y seguros, como para pensar que no hicieron otra cosa en su joven existencia, involucraron al público en el *straight*, los vientos en formación, hasta que **Nacho Castro**, ¡bravo, chaval!, se lanzó al ruedo en el que **Louis Armstrong** marcaba los mismos hitos que **Manolete**, ¡qué gozada!

Quince números, desde el *swing* al *blues*, con los saxos de **Roberto Abella**, **Chus Vega** y **Diego Valdés** en superstar. Al final, después de dos propinas obligadas ante el entusiasmo del respetable, el director, **Juan Carlos Casimiro**, dijo que tal entusiasmo era fantástico, pero que él ya sabía que «estamos jugando en casa». Ni tanto, hombre, que mira lo que acaba de pasarle a **Simón Peres**, después de romperse el alma toda la vida para buscarles a sus hermanos casa y patria; la *patrie* de **Charles Degaulle**, otra víctima de la ingratitud existencial, y es que la gente no se casa con nadie, hijo. Y la de Gijón, excepto cuando media el morbo televisivo o revisteril de la *vie en rose*, menos; al jazz van los que saben o quieren saber de qué van las cosas y si éstas no funcionan, a cruzarse de brazos, y gracias, que aún nadie se ha soltado la melena para ejercer el derecho de pateo, es decir, la censura

pura y dura, y en directo. Aunque se la soltarán, que son prácticas legítimas de quienes pasan por taquilla y se sienten estafados.

No es el caso, sino todo lo contrario, que aquel «Witchcraft» con sabor a **Sinatra** nos revolvió las nostalgias casi hasta las lágrimas. **Carmen Rodríguez Llana**, directora del Conservatorio, se reía sola, a pesar de conocer el final de la película. **Mapi Quintana** puso voz, hermosa, en algunos pasajes, pero se notó demasiado la improvisación, ¿qué cantaba? En próximas oportunidades tendrá que cambiar el «look», adecuarlo a ese *attrezzo* tan característico del jazz. Brillo, plata, barras y estrellas, todo lo contrario a las negruras de **Juliette Greco**, por ejemplo.

Como colofón, la «Big-Band» nos tenía preparada una sorpresa; el arreglo para jazz de «Asturias, patria querida». Divertido y anecdótico, un trabajo del director que se agradece. Dicen que Gijón debe su gracia al mar... Ayer, después de la noche neoyorquina, anuladas las distancias, puede, puede ser...



MARCOS LEON

Un momento de la actuación en el Jovellanos.